

# Pregón Corpus Christi 2004

Alfonso Ussía

Se acerca el gran día de Toledo. Seis siglos esperando cada año la llegada del Corpus Christi. La ciudad de la maravilla y el prodigio, engalanada. La ciudad de la tolerancia y el respeto por las religiones, lucida. La ciudad del Imperio, de la mística, del alarde del arte y la melancolía de Dios, vestida para su gran fiesta. Siempre Toledo esperando la agonía de la primavera y el día que reluce más que el sol. Explosión de fe que desvincula de la realidad el famoso amento de los tiempos pasados. "Para honrar a Dios, después de Roma, Toledo". Pues no. Roma es la capital de la cristiandad, la sede del vicario de Cristo, pero no la suprema referencia para honrar a Dios. Pienso en España, en Castilla. Y busco, y no encuentro referencias de segundo grado. España es la mística, España es la sobriedad, España es la grandeza, Toledo y Ávila sus baluartes, Dios sobre todo. ¿Por qué no, "después de Toledo, Roma"? ¿O para honrar a Dios, Roma y Toledo? Y si me preguntaran, ¿Y por qué sí?, qué respuesta más fácil. Porque sí.

Corpus Christi, el gran Día de Toledo, el gran Día del Señor. La ciudad maravilla, maravillada de sí misma. Flores, banderas, reposteros, balcones engalanados, puertas y portales heridos de belleza. "Y cuando cruzas por la Sillería/reflejando tu rica pedrería, / y cuando llegas a Zocodover, / parece que en el aire te veneran, / los que en la noche de la muerte esperan / venir aquí, para volverte a ver".

Que no es difícil ver a Dios en el día más luminoso de Toledo. No se esconde, reluce. Y lo hace, sólo ese día con riqueza, para que nadie vuelva la cara con indiferencia o distancia, desde la Custodia única e incomparable de Enrique de Arfe, la "alhaja descomunal" bautizada por Pérez-Galdós, la cumbre de la orfebrería sacra, y el Cuerpo de Dios allí demostrado, de la madera del dolor al oro de la luz, catedral dorada que se mueve y pasea por las calles tapizadas de Toledo, haciéndole guardia, desde los tiempos del Renacimiento, por los infantes de nuestro Ejército, que aquí en Toledo tienen su tradición y de la Academia. "No hay a su duro pie risco vedado / sueño no ha menester, quejas no quiere /, donde le ordenan va, jamás cansado / ni el bien le asombra, ni el desdén le hierde. / Valiente, decidido y abnegado / obedece, pelea, triunfa o muere".

Corpus Christi en toda España, y Toledo de tradición y avanzada. España y Dios, esa unión que tantos quieren romper y no saben cómo hacerlo, y sobre todo, no entienden que jamás lo conseguirán. Los "seises" bailan en Sevilla mientras estallan las buganvillas, los jacarandas en flor y se visten de oro las piedras de la Catedral. Y lo mismo en Granada, y en Barcelona, y en Madrid, y en Pontevedra, todas y cada una de las ciudades de España, esas tres bellísimamente unidas a la Historia y a la Fe, eso, España, y el Corpus Christi, precisamente por eso, por España, se celebra en la más alta de las aldeas andinas, en lo más seco de los rincones del América, en la más verde y rompiente localidad a orillas del Amazonas, o del Orinoco, o del Paraná. Del siglo XVI es la Cruz de plata que avanza al frente de la procesión, aquí en Toledo, con el arzobispo primado de España señoreando, que eso es presidir, señorear, la procesión. El pueblo se hace devoción y adorno, y excepción de tradición y lujo. Y todos en torno al misterio, el gran misterio, eso que se cree y no se toca, que se alcanza y no se palpa, que se culmina y no se percibe, pero que contagia, porque todos somos la razón de ser de nuestra duda, y sólo cuando nuestra duda es derrotada, comprendemos por qué España, y los españoles, y los que han heredado generación tras generación el objetivo de nuestras ruinosas y fantásticas empresas, tiene o debe tener un lugar de privilegio en ese masacrado, herido, torturado y resucitado cuerpo de Cristo. Que muchos se han aprovechado de la Cruz, pero muchos más han dado su vida por la Cruz, y renunciado a todo por la Cruz, y en eso España tiene una gran parte de su significado y de su razón de ser.

Y claro, Toledo. ¿Qué es Toledo? Pues el orgullo. Eso tan sencillo. Lo que se enseña. Lo que se regala. Lo que nunca defrauda. El pasmo de los poetas, de los pintores, de los enamorados del infinito. Y sólo es eso. Una ciudad junto a un río que corre entre barrancos, entre tajos, el Tajo, y agujas de iglesias y palacios que entorpecen el curso de las nubes, y piedras de siglos, y rumores de capas y sotanas, de espuelas y uniformes, de rezos y de espadas. Todo está en el aire de Toledo. Y una vez al año, cuando el Corpus llega, las almas se reúnen, los ánimos se abrazan y estalla la belleza de la tradición hacia Dios, del arte hacia Dios, de la devoción hacia Dios, del derroche hacia Dios, de Toledo hacia Dios y de España hacia Dios. En el fondo, una manera de resumir en un día, con toda nuestra riqueza, toda nuestra humildad.

Y ante todo y sobre todo, ciudad abierta. En Toledo, el día del Corpus, todos somos toledanos. En cada visitante vive una experiencia diferente de paisajes y costumbres, pero aquí se simplifica a la estrictamente toledana. Vienen de toda España, y de Europa, y del mundo. Y una parte de su corazón queda aquí para siempre. Por algo restó en Toledo la afilada sensibilidad del Greco. Y ahora es nuestra, y nadie nos la va arrebatar.

Desde arriba, el Día del Corpus Christi, Toledo es un camino que principia en su prodigiosa catedral. Primer paso al aire y al sol por la Puerta Llana, con el Cuerpo de Dios recibido por salvas de honor y la Marcha Real. Cardenal Cisneros, Cuatro Tiempos, Sixto Ramón Parro, paso por la Universidad de Santa Catalina y el Teatro de Rojas, Hospital del Rey y la Plaza Mayor. Camino marcado por los siglos y ampliado por las exigencias. Versos de Ardavín, de Salabert, del Trovador del Tajo. “En todo el Zocodover/ no se podría posar/ paloma que a descansar/ viniese al suelo a caer”. Sillería, San Nicolás, Alfileritos. “La estrecha y sombría/ calle de Alfileritos/ marca del regreso, los primeros hitos./ Por entre una nube/ de callejas pinas/ avanza la Augusta/ Majestad Divina”. San Vicente la mudéjar, la Universidad, Alfonso X, San Ildefonso la barroca, Alfonso XII, Rojas, Trinidad, Arco de Palacio, Plaza del Ayuntamiento, y de nuevo el silencio solemne de la Catedral, el retorno de la maravilla, el descanso de Dios. “Pasó ya la una/ suenan las campanas,/ y la Joya vuelve/ por la Puerta Llana”.

Ya están dispuestas las capas y los uniformes, las mantillas y abanicos, las banderas, palios y tapices, Los toldos y los reposteros. Ya están preparadas las flores y los tomillos, las pértigas y las lanzas, las golas y las capas pluviales. Uniformes de nuestros Infantes y Guardias Civiles, pertigueros y timbaleros. La Cruz de Alfonso V de Portugal sobre la manga de Cisneros. Síntesis de Toledo. Lo repito, lo que se enseña, lo que se regala porque jamás decepciona y a todos asombra.

Y como en toda fiesta de Dios, también el lugar para la alegría del hombre. La Tarasca y los Gigantones, gigantillas, caballitos y cabezudos. Tarasca pecadora, gigantones que asustan a los niños, y un fondo de campanas que llaman a todos los presentes para anunciarles el milagro, lo nuevo de cada año, que Dios se ha puesto de acuerdo con Toledo y quiere pasearla, que hasta Dios se emociona con su belleza.

Prepárense las danzas y las músicas, las bandas y los cantores. Suspéndanse las guirnaldas por el primer andamio de las piedras de Toledo. Caigan de los balcones los flecos antiguos de los mantones de Manila y las alfombras de los que se fueron. Cúbranse las calles de toldos protectores. Que la noche pase y llegue el gran día.

Reúnanse todos y hagan homenaje en el camino. Sean todos admitidos. Vuélquense los toledanos y toledanistas con los visitantes que alcanzan Toledo por primera vez. Y estén preparados el Guardia Civil, el pertiguero, las cofradías, los niños, las hermandades, las cruces parroquiales, la bellísima acuarela de los religiosos, los capítulos de caballeros, los Mozárabes, los del Santo Sepulcro, los Infanzones de Illescas, los del Corpus Christi. Estén preparados los Seises del Colegio de Infantes, y los seminaristas, y los sacerdotes, los canónigos, y el Cabildo, que cantara Valdivieso: “El Cabildo con capas de oro y plata/ perlas sembradas por la plata y oro,/ de cuya majestad decir no puedo,/ más de que es Cabildo de Toledo”. Diáconos y pajecillos. Y prepárense el señor Alcalde y los concejales, y los señores representantes de la soberanía popular, del poder ejecutivo, legislativo, judicial y autonómico. Y el señor cardenal y arzobispo, primado de España, que tan cerca de Dios tiene el lugar que le corresponde. “Si os váis, Divino Manjar/ llevad mis ojos tras vos,/ que ojos que vieron a Dios, ¿Qué pueden sin Dios mirar?/ Veros, Señor, es gozar,/ y no veros padecer/ hasta volveros a ver”. Y prepárese Dios, que le toca paseo, y sol y alegría, y devoción y lágrimas. Que ya está dispuesta y reluciente la custodia, la “alhaja descomunal”, para llevarlo por todos los rincones de Toledo. Dios guardado en pan, en la gran Sagrada Forma. “Este pan tiene un primor/ y es que tan cierta ganancia/ que tiene de Dios sustancia/ y tiene de pan, sabor”. Cuídenle los infantes de nuestro Ejército. Y que toda España se abra al ejemplo de esta maravilla de Castilla, tan mística y callada, tan brava y humilde, tan artista y culta, tan señora. Y todo esto por un pedazo de Pan. Y habrá quien crea que sólo por un pedazo de Pan, cuando en ese pedazo está resumido todo el sufrimiento del Cuerpo de Cristo y la fe de los cristianos. Eso, de madera humilde a joya descomunal. Del, “más sencilla, más sencilla, hazle la cruz más sencilla carpintero” de León Felipe, a la belleza de la Custodia de Arfe. Dios manifestado en todo. El que no quiera entenderlo, que no venga a Toledo en su Gran Día.